This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.7
H539Bc

Corona funebre a la memoria del joven Ignacio L. Hijar.

[redacted]

G868.7 H539BC LAC

G868.7
H539Bc

. LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

CORONA FUNEBRE

A LA MEMORIA DEL JOVEN

DON IGNACIO L. 'HIJAR

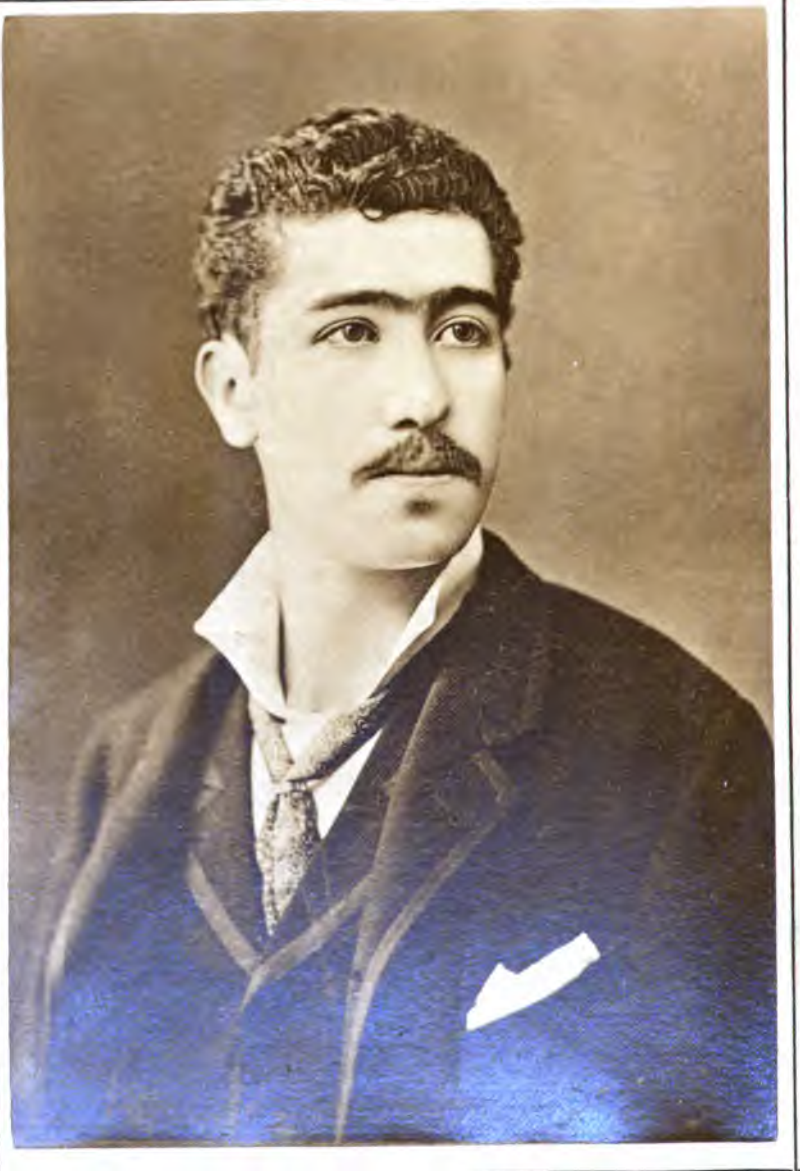
QUE FALLECIO EN MERIDA

EL 31 DE MAYO DE 1887.

Como recuerdo de un
hermano querido dedico
ésta á mi apreciable
inteligente y bondadosa
amiga la Sra Fleinhans

Refugio B. de Piña

Octubre 1 de 1887



CORONA FUNEBRE

A LA MEMORIA DEL JOVEN

D. IGNACIO L. HIJAR

QUE FALLECIO EN MERIDA

EL 31 DE MAYO DE 1887.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

MERIDA DE YUCATAN.

"IMPRENTA MERCANTIL" A CARGO DE JOSE GAMBOA GUZMAN.
2ª Calle de los Rosados, Núm. 29.
1887.

213379

IGNACIO L. HIJAR.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

AMISTAD! Virtud que sintetizas de un modo sencillo, los más nobles sentimientos del corazón humano! Pasión irresistible que nos lleva hasta la sublimidad del sacrificio! Anillo misterioso que reunes en uno los corazones que palpitan bajo un solo ideal, y que entrelazas y retienes á las almas, que vagando en las regiones de lo desconocido, divinizas el culto de las más puras afecciones!

Amistad santa! Yo te bendigo. Tú me arrastras hoy con el poder irresistible de tu aliento, al extremo de consignar de un modo público estas líneas, dedicadas á la memoria del hermano, del sér querido, que pudo cautivar mi alma, ansiosa de generosas emociones, con el deseado título de AMIGO.

Ignacio L. Híjar.... Amigo mío, dónde te hallas?.. ¿Porqué te escondes á mi tierna solicitud?.... ¿No sientes la ansiedad en que me tiene tu ausencia?.... ¿Dónde estás?....

Ay! En vano le llamo. Ya le miro cruzar el espacio, y arropado con el manto de la inmortalidad, penetrar en las regiones de lo infinito.....

Ya no existe el amigo. Su espíritu anhelante por una inefable dicha, rompió las ligaduras de la materia que lo encadenaban, y voló hasta la mansión del Supremo Hacedor.

*
* *

Ignacio L. Hijar vivió entre nosotros poco tiempo; pero lo bastante para atraerse las simpatías y la amistad de los que tuvieron el placer de tratarle. Yo disfruté de la dulce intimidad que produce una amistad verdadera, como la que nos profesábamos.

Se encontraba aun en la plenitud de la vida. Su cuerpo rebosaba vigor y juventud; pero la muerte inexorable segó en un momento su preciosa existencia, para trasportarlo á otro mundo mejor. Murió grande y digno, porque murió como un justo, como cristiano leal, franco y sincero, fortificando su espíritu con el poderoso auxilio de la Religión en los Sacramentos, y reconciliándose con Dios, al desprenderse con sereno valor de las miserias de este mundo.

Durante su penosa y breve enfermedad, su lecho fué rodeado de sus verdaderos amigos, y recibió de ellos los más delicados cuidados y las demostraciones más cariñosas, deseándole todos sinceramente, el pronto restablecimiento de su quebrantada salud. Los esposos, Sra.

Casiana Rosado y General Guillermo Palomino, lo acogieron en su hogar, y allí le prodigaron todo su afecto, toda la tierna solicitud de su alma, como si se tratara de un hijo predilecto.....

La noticia de su fallecimiento llenó de dolor y de profunda angustia á los que le conocieron, haciéndoles derramar lágrimas ardientes, y arrancándoles del pecho hondos gemidos de verdadera aflicción.

La sociedad de Mérida no pudo ser indiferente á tanta desgracia, porque desgracia debe llamarse la separación de un sér para muchos querido, arrebatado derrepente por la muerte. Las diversas esquelas participando el triste suceso: la imponente procesión de su féretro conducido por sus amigos silenciosos y abatidos: las elocuentes palabras de los oradores ante su tumba, y los elogios y sentidas frases de la prensa toda del Estado, son el testimonio más irrecusable del aprecio y estimación en que generalmente se le tenía.....

Yo nunca podré olvidar la luctuosa y prematura muerte de tan excelente amigo! Si la suficiencia de recursos correspondiera á mis fervientes votos y al expontáneo deseo que alienta mi alma, levantaría en homenaje de su amistad, un mausoleo de granito, que como los más antiguos monumentos del mundo, desafiara el poder de todos los tiempos!!!.... Pero solo puedo consagrarle el culto de mi triste corazón, en que estará siempre viva su memoria, guardando en él, el inapreciable tesoro de mis recuerdos.....

*
* *

A la fina deferencia de algunos distinguidos amigos, se debe la sentida manifestación de su eterna ausencia, consignada en este pequeño volúmen, donde todas las expresiones, todas las frases, todas las demostraciones de positivo cariño, todo cuanto ha podido sentir la culta sociedad de Mérida, patentizan el verdadero y evidente testimonio de profundo dolor que la ha conmovido, ante el yerto cadáver del malogrado amigo.

*
* *

Inolvidable Ignacio!.... Déjame colocar en tu helada frente esta corona fúnebre, que consagra á tu memoria y á tus virtudes, la solicitud sincera del que en este mundo fué para tí un verdadero hermano. Acepta esta ofrenda, y no olvides que en ella están perfectamente significadas la desesperación y la tristeza, de los que has dejado peregrinando en la tierra de los mortales.

MANUEL CASTILLA ECHÁNOVE.

UNA HOJA

SOBRE LA TUMBA DEL Sr. IGNACIO L. HIJAR.

Ya que plugo al destino, cruel é impío
Alzar ante su paso, de la muerte
El espectro fatal, y le halló inerte
En catafalco lúgubre y sombrío,

Dejad que yazca en él; el cuerpo frío
Se mira allí, es verdad, pero la muerte
Al alma no tocó, que siempre fuerte
Tendió las alas y cruzó el vacío.

Atravesando, rápida, la esencia
Que á Dios semeja, remontóse ufana
Hasta el regio dosel do solo mora
Aquel que por el mundo su existencia
Sacrificó en la Cruz, y del que mana
El bálsamo del Bien al que le implora.

Mérida, Junio 27 de 1887.

Amalia Vadillo Fajardo.

8

¡IGNACIO!

« Una avecilla graciosa
Fué una tarde á pasear,
Y, volando presurosa,
Llegó hasta una selva umbrosa,
Muy distante de su hogar.

Allí vivió muchos días
En un nido encantador,
Llenando en sus alegrías
El prado de melodías
Y de envidia al ruiseñor.

Con su vistoso ropaje
De los más bellos colores,
Jugueteaba en el ramaje,
Y al contemplar su plumaje,
Se avergonzaban las flores.

En aquel bosque, olvidado,
Un pajarillo vivía,
Y del ave enamorado,
Volaba siempre á su lado
Desde que rayaba el día.

Ella, que era, al fin, mujer,
Su cariño fomentaba »....(*)
.....
Viósele palidecer
Y la pluma descender
De su mano que temblaba.

La Amistad vuela á su lado,
Que la vida le procura;
Mas ¡ay! inflexible el Hado,
Su altiva frente ha tocado
Con su negra vestidura....

¡Triste condición humana!
¡Juventud, belleza, vida,
Son flores de una mañana,
Que en la pradera mundana
Troncha la Muerte homicida.

Ayer, alegre y risueño,
Con el corazón tranquilo,
De su amor en el beleño,
A la virgen de su ensueño
Daba un templo por asilo.

Las más odorantes flores
Dedicábala en su altar;
Primicia de ruiseñores,

(*) Aquí llegaba el joven Hijar cuando ocupó el lecho de muerte.

Tiernos efluvios de amores
Que exhalaba sin cesar.

¡ Cuán dulces son las primeras
Emociones del amor!
¡ Hasta las aves parleras
Saludan en sus palmeras
En idilio encantador!

¡Todo es bello! La Natura
Se ostenta llena de vida;
La soledad, la espesura,
Dan al hombre la ventura
Y hacen la ilusión florida....

Pero ¡ay! cuando de repente
Nuestro horizonte se angosta,
Y no vemos ya en Oriente
La estrella resplandeciente
Ni los faros de la costa;

Cuando la vista no alcanza
Más que un fúnebre sudario
Que envuelve nuestra esperanza,
Y el espíritu se lanza
Sin rumbo ni itinerario;

Ah! cuando huyen las delicias
Que soñamos en el mundo,
Y no hallamos las caricias

De un ángel, cuyas primicias
Son nuestro encanto profundo;

Entonces la realidad
Se presenta descarnada;
Se oscurece la verdad
Y la ignota Eternidad
Es el fin de la jornada.

Todo en el abismo se hunde
De la negra desventura;
El cerebro se confunde
Y en llanto el alma se funde
Al fuego de su amargura....
.....

Ya no se escucha el cantar
Del *ave* en la selva umbría;
Solo se oye el murmurar
De la brisa en el pinar,
Modulando una elegía....

Calló del *ave* el acento
Y en el bosque se ocultó....
¡ Arpas, alzad un lamento !
¡ Enlútate, Pensamiento,
Que el *pajarillo* murió....!

E. A. Pérez.

Mérida.—1887.

IGNACIO L. HIJAR.

ENTRE los más recientes fallecimientos con que la muerte acaba de consternar á la ciudad de Mérida, el más sensible es el del joven D. Ignacio L. Híjar, por las circunstancias especiales de esta víctima de una dolencia rápida y mortal.

Nacido en Guadalajara, rica y culta capital de uno de los más importantes Estados de la República, corrieron los años de su infancia en el hogar de los padres que le habían dado el sér, y que perteneciendo á la clase más distinguida de su país, por su reputación y su origen, procuraron cultivar en su hijo las excelentes disposiciones que con el tiempo habían de granjearle el aprecio general que mereció en el breve curso de su vida.

Muy joven aun, pasó á la ciudad de México, como al lugar más propicio para abrazar él una honrosa carrera en que ganar la subsistencia y un honroso porvenir, con sus virtudes, su talento y su instrucción, cualidades favorecidas por la notable regularidad de sus formas físicas, la nobleza de su porte y la suma amabilidad de su trato.

Pero aunque D. Ignacio L. Híjar había recibido de sus padres un nombre muy respetado, no tenía de ellos

ni la esperanza de los bienes de fortuna, de cuyo prestigio hace cuenta el mundo; de modo que al entrar á este gran teatro, encontróse cruzado de brazos, sin más recursos que los que su persona podía darle en su lucha con la vida, para asegurar la subsistencia y avanzar hacia un porvenir digno y plausible.

Luchó y venció sobreponiéndose su virtud á las desfavorables circunstancias de su pobresa y orfandad, siendo tanto más admirable su triunfo, haciéndose un honroso lugar en el aprecio y en el corazón de los hombres, cuanto que al abrirse paso entre ellos, se le presentaron muchas sendas que le aseguraban más facilmente la protección de la fortuna, aunque en cambio de su desvío de los más sanos instintos, y del sacrificio de las ideas de la moral más pura y religiosa.

Así establecido en la capital de México, donde pasó la mayor parte de su florida juventud, en medio de una vasta y opulenta metrópoli, en que las ilusiones y las esperanzas más seductoras tienen su asiento, D. Ignacio L. Híjar fué modelo de honradez, moderación y juicio, á la par que un cumplido caballero por la generosidad de sus sentimientos, por la elegancia de su porte y por sus maneras fáciles y atractivas.

Todas estas cualidades realzadas por un talento claro y una instrucción extraordinaria, hiciéronle generalmente notable entre la juventud más culta é ilustrada, que se complacía en el trato y escritos que en prosa y verso solía componer D. Ignacio L. Híjar, más por dar

213379

gusto á sus amigos que por su ambición de un nombre literario.

Y ya su carrera podía decirse asegurada en las regiones del Poder, que le consideraba ya digno aspirante á servir en algún alto puesto de la administración pública, cuando una pasión amorosa é intensa, cual la ráfaga que separa al ave del sitio en que se cernía sobre los jardines, asaltó el corazón de D. Ignacio L. Híjar, causando una revolución en su vida, aunque sin desviar la nobleza de sus sentimientos.

En una de tantas ocasiones que se distraía en un paseo de los más amenos y concurridos de México, vió á una joven, escuchó su voz dulce y simpática, y se enamoró de ella con tal vehemencia, que desde ese día se propuso unir su suerte á la del objeto de su amor intenso y puro. La joven virtuosa y bella es hija de Mérida, residiendo solo algún tiempo en México, de donde hubo de separarse para su vuelta al hogar de su familia muy distinguida y apreciada en Mérida, y D. Ignacio L. Híjar la siguió para llevar á cabo su pretensión noble y honesta, y ser feliz.

Todavía estaba en los pasos conducentes á este fin, cuando empezaron á correr en este año los meses en que nuestro clima es más ardiente y peligroso á los que no están acostumbrados á su influencia. Todos los amigos que en su corta residencia entre nosotros el Sr. Híjar había adquirido, por tantas bellas cualidades de su persona, le instaron hasta con sus ruegos para que se au-

sentase de Yucatán por algún tiempo; pudiendo estar seguro de que su ausencia no le perjudicaría ni en sus amistades, ni en sus esperanzas más lisonjeras, ni en la protección que por altas recomendaciones y por su propio mérito obtenía de la primera autoridad política, que ya le había dado colocación en su secretaría general, á cuyo despacho el Sr. Híjar concurría con la asiduidad de un digno servidor del Estado.

Pero la suerte del malhadado joven estaba echada, y á tiempo que parecía más probable que sus honestas pretenciones, favorecidas por la recomendación de sus prendas personales y por la de los más excelentes informes, quedasen finalmente aceptadas, empezaron los días más aciagos para los residentes sin aclimatación en nuestro país.

La atmósfera se hizo más cálida y sofocante, y la fiebre amarilla empezó á recoger en Mérida el tributo de víctimas que anualmente paga esta tierra que, en esos días fatales, se siente seca, árida, comburente.

Sonó la hora para siempre lamentable. La mortífera enfermedad postró de repente, cual la súbita acción de un rayo, al joven D. Ignacio L. Híjar en el lecho de la dolencia más terrible. En vano quisieron arrancarle á la muerte los cuidados paternales, por decirlo así, del Jefe del Estado y de su digna familia, á cuya morada el enfermo fué trasladado desde el principio de su ataque, y en donde se verificaron su agonía y fallecimiento; en vano sus amigos tan numerosos y distinguidos de todas

las clases sociales, se afanaron por salvarle, ayudados por los esfuerzos de la facultad consagrada á luchar con la muerte para conservarnos la vida.

Después de breves horas de padecimientos y de una rápida agonía, la noble víctima sucumbió al rigor y dominio de la muerte.

¡Pero qué momentos tan solemnes para cuantos asistieron á la dolorosa y edificante agonía de este joven tan digno de vivir!

Siempre conforme con los decretos de la Providencia divina, al comprender que llegaba la suprema hora de su mortalidad, entró en el final arreglo de cuanto le tocaba ordenar para emprender el camino de su último viaje en el mundo. Con la inteligencia más despejada y con la mayor firmeza del corazón, dispuso el pago de sus pequeñas deudas, y que las cantidades que á él se debían no se cobrasen miéntras voluntariamente sus deudores no acudiesen á satisfacerlas: con igual enteresa y espontaneidad pidió los postrimeros auxilios de la Iglesia católica, á cuya comunión siempre perteneció en su vida, y en cuyo seno quiso morir como uno de los hijos más fieles y contritos de esta religión infinitamente humanitaria y sublime.

Y al estrechar por última vez la mano de los tiernos amigos de quienes se despedía, especialmente la mano de D. Anatolio García Cano y de D. Manuel Castilla Echánove, que más asiduamente le asistieron en su enfermedad y agonía, hizo al segundo, dos encargos en los térmi-

nos más expresivos: «que á la familia, á una de cuyas hijas había querido él unir su suerte ante el altar de Dios, se rogase de parte suya el perdón de cualquiera disgusto que su pretensión la hubiese causado; y que á los deudos de él mismo se recomendase no guardar, por su fallecimiento, rencor alguno á Yucatán; pues muy voluntariamente había venido, había hallado aquí muy honrosas amistades, protección y aprecio general, habiéndose resistido á las súplicas que se le hicieron para alejarse oportunamente del peligro de muerte que le amenazaba.» ¡ Tal fué la elevación de su alma, así cuando vivía en el pleno goce de la salud, como al tiempo de espirar bajo el clima de nuestro país, que fué tan fatal á sus días !

Murió hacia la media noche del 31 de Mayo último. No hubo una campana cuyo final tañido anunciara esta desgracia á la ciudad de Mérida en un instante; pero la noticia comunicada de boca en boca, circuló en breves horas por la Capital, que toda se consternó al saber esta pérdida, justamente lamentable, en la defunción de D. Ignacio L. Híjar, muerto léjos de su suelo patrio y de sus deudos, aunque rodeado de numerosas personas que le amaban y le tributaron muchas lágrimas vertidas del corazón.

Y como las debidas precauciones de higiene hacían indispensable la inmediata traslación del cadáver al Panteón general, el féretro, sin pompa fúnebre, civil ni religiosa, levantado por algunos amigos, acompañados por otros muchos, en medio del silencio y de las sombras, á

la hora más solemne de la misma noche, fué conducido al lugar de su inhumación: en donde yacen los restos mortales del inolvidable D. Ignacio L. Híjar, que entre nosotros, como donde quiera que pasó, fué siempre morigerado, bondadoso, inteligente y culto: y que habiendo venido él á Yucatán en busca de la felicidad, se cambió su esperanza del tálamo en la realidad del lecho del dolor y de la muerte, y en vez del hogar de la familia, halló la helada soledad del sepulcro.

No sabemos si él ganó ó perdió con su fallecimiento; pero la sociedad de seguro ha perdido con la muerte de este joven, cuyo principio de vida era la mejor garantía de que siempre hubiera sido bueno y útil á su patria.

Mérida, Junio 13 de 1887.

FABIÁN CARRILLO SUASTE.

PARA LA CORONA

DEL JOVEN

IGNACIO L. HIJAR.

La vida es triste cosa
para el que, ardiendo en infinitas ansias,
sueña encontrar en ella
la dicha, esa ilusión que no se alcanza.

Dichoso aquel que, joven,
sin desengaños al sepulcro baja,
llevándose consigo
la paz del corazón, la fe en el alma.

Otros, menos felices,
han perdido, viviendo, la esperanza,
y arrastran todavía
de su existencia la enojosa carga.

P. PENICHE.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO JOVEN

D. IGNACIO L. HIJAR.

¡Caïste.... como cae
Pomposa catarata
Que con cambiantes de iris
En finísimo pòlvo se levanta!

¡Caïste, mas dejando
De tu carrera rauda
Por la terrena vida
Una huella de luz en nuestras almas!

Como el robusto roble
Que eleva en la montaña
Su copa hasta las nubes,
Desafiando arrogante las borrascas,

Así, mi caro amigo,
Tú, el fuerte, desafiabas

De vida rebosante
A la impaciente segadora parca.

Pero ¡ay! ¡cayó el Coloso,
El Templo de Dïana
Y aquella de Artemisa,
Asombro de los siglos, obra magna!

El Júpiter de Phidias
Y de Cyro la Casa
Cayeron.... y cayeron
Los muros que Semíramis alzara!

¡Qué mucho, pues, que el hombre,
Cuya vida se apaga
Al más ligero soplo,
Se abisme en lo insondable de la nada!

¡Todo es perecedero
En la escena mundana,
Y aun el recuerdo muere
De aquello que no es grande y no entusiasma!

Lo bello, lo sublime,
Aquello que se aparta

De lo vulgar, es todo
Lo que en la mente con poder se graba.

Por eso á nuestros días,
Llegó de las pasadas
Grandezas la memoria
Que del olvido rescató la fama.

Por eso del recuerdo
En el augusto *Sancta*
Hoy vives con la vida
Que á los buenos no más la gloria guarda.

MANUEL CORREA V.

IGNACIO L. HIJAR.

El trovador que ayer cantar oiste
Con voz enamorada,
No existe ya, no existe,
Al son de su arpa melodiosa y triste
Llegó hasta el fin de la postrer jornada.

José Peón Contreras.

NO escribo la oración fúnebre ni el epitafio de un magnate, de un héroe, de un poderoso: hombre de corazón, vengo á depositar una humilde siempreviva sobre la modesta losa de otro hombre de corazón, de un hombre bueno arrebatado por la fatalidad en la flor de sus años.

Cuando en el ocaso de la vida, blanqueados los cabellos por la escarcha del tiempo, helado el corazón al frío y continuado soplo de las descepciones y de los sufrimientos, enriquecido el pensamiento con mil recuerdos que al borde del sepulcro surgen y se agitan como fúnebre cortejo, y rodeado el lecho por la amante esposa y los cariñosos hijos que inundan con sus besos y lágrimas la faz cadavérica, se ve aproximarse lenta pero inexorable á la muerte y se oye el lejano golpe del martillo que labra la última morada, debe ser triste el despedirse del mundo, en el que siempre se dejan girones del alma por más que uno crea cumplida ya su misión sobre la tierra.

Pero cuando en la hermosa, fresca y perfumada mañana de la existencia; cuando aun se pisan los encantados umbrales de la juventud; cuando se comienza á vivir; cuando el pecho apenas puede contener un volcánico corazón de poeta; cuando todavía se toca con los labios el misterioso cáliz del placer, sin sentir aun la amargura del acíbar que en su fondo reposa; cuando tal vez se va á poner el pie en una tierra de promisión, á posar la mano trémula sobre un fantasma de suprema felicidad perseguida con delirio, oh! cuando en ese instante se presenta de súbito la cruel y traidora Parca y nos arrebata cruelmente del florido vergel de nuestros ensueños..... ay! entonces sería preciso experimentarlo para poder comprender, para poder apreciar lo que debe sentirse en tales momentos.

Y si ese terrible trance nos sorprende en un país distante del nuestro, lejos de nuestra familia, de una madre ó de una esposa cariñosa que llora y en cuyo seno reclinamos nuestra desvanecida cabeza, sin los brazos de un padre que nos sostenga.....

Ante cuadro tan desgarrador, el poeta siente estallar las cuerdas de su lira, y el escritor rompe la pluma que oscila entre sus dedos.

¿Para qué se nace si se ha de morir en tales circunstancias?....

Así ha muerto Ignacio L. Híjar.... pero no; Dios tuvo piedad de él, y hubo una noble familia que le recogió y atendió con paternal cariño y le rodeó de comodi-

dades; hubo amigos que atenuaron sus últimos dolores con sus solícitos y fraternales cuidados, y la ciencia luchó heróicamente, aunque en vano, por arrancar á la muerte su presa.

Joven, poeta y gallardo; modesto, casi tímido, leal, caballeroso y de una conducta irreprochable, Híjar había fraternizado con la sociedad meridana, y en cada conocimiento había conquistado un amigo.

Mas la muerte no tiene amigos, no respeta edad, circunstancias ni talento, y parece que goza cuando ceba su saña en la juventud.

Empero, Ignacio no ha muerto: no, mentira, no ha muerto!

Es cierto que su cuerpo rodó al sepulcro y se descompone como mísera materia; mas su espíritu en progresiva purificación, se cierne en el infinito, al que tantas veces remontaría su vuelo poético, y su memoria es guardada como una amada reliquia en el santuario del corazón de sus amigos.

Que en la nueva región en que vive, encuentre la paz y la ventura que no pudo disfrutar en la tierra.

F. Pérez Alcalá.

A MI MALOGRADO AMIGO

IGNACIO L. HIJAR.

Como la encina por el rayo herida
Desde la excelsa cumbre al suelo rueda,
Caíste en el abismo y solo queda
El ¡ ay ! desgarrador de tu caída.

¿ Por qué la hermosa, la fecunda vida
Segar así ? ¡ Y que el Destino pueda
Con la fatal inexorable rueda
Todo arrastrarlo en su veloz huída ! . . . .

Y yo te ví caer ! . . . . sereno y fuerte
Con tu dolor y tu traidora pena,
Dulce sonrisa iluminó tu muerte;

Viste acercarse á la sangrienta hiena
Y, atleta, ante la saña de la suerte
Saludaste al rodar sobre la arena.

I. MAGALONI.

POST UMBRA LUX.

(En la muerte de Ignacio Hijar.)

×

Incomprensibles fallos de la suerte!
Recónditos misterios de la vida!
¿Por qué, por qué la juventud florida
Al negro abismo rueda de la muerte?

El destino es un déspota iracundo:
¿Dó tu lógica está, Naturaleza?
Quien la jornada de la vida empieza
Tiene derechos á gozar del mundo.

×

Era tuya la inmensa lontananza!
Un horizonte hermoso se extendía
En tu redor, y todo te reía,
Joven, lleno de amor y de esperanza.

¡Tuyos el porvenir y la victoria,
Tuya la palma del amor sublime,

El solo humano dios que nos redime
Y nos abre las sendas de la gloria!

×

Una ilusión, por tí santificada,
Es de tu sér el fervoroso empeño;
Mas te sorprende el perdurable sueño
Al asomar la fúlgida alborada!

Como el rayo del cielo á la palmera
Gallarda del vergel americano,
Te hirió, poeta, en tu verdor lozano
El golpe aleve de la parca fiera!

×

Víctima desdichada! Bardo amigo!
¡Qué triste es la existencia, qué engañosa!
Al colocar mi flor sobre tu losa,
Llorando tu partida, pienso y digo:

¡Feliz quien como tú todas las flores
Del alma en un altar de luz coloca,
Y al separarse de la tierra, invoca
Al dios de los purísimos amores!

×

Nosotros, con la cruz sobre los hombros,
Extinto ya el verdor de nuestra frente,
Llevamos ¡ ay ! por la fatal pendiente,
De la vida los pálidos escombros.

Goza tú del olvido y la inconsciencia,
O halla en un mundo bello amor y calma:
De un modo ú otro modo, para el alma
La tumba es la suprema refulgencia !

RODOLFO MENÉNDEZ.

ORACION FUNEBRE

Leida por su autor D. Fernando Güemes, en el Cementerio general del Estado, ante la tumba del Sr. D. Ignacio L. Hijar, en la tarde del dia 1º de Junio de 1887, fecha de su sensible fallecimiento.

SEÑORES:

LA materia; esa tosca envoltura que nos da forma en la vida, exigiendo tantos sacrificios para satisfacer las imperiosas necesidades de su conservación, obedeciendo á las leyes inmutables de la naturaleza, se descompone y pasa á formar parte de otras sustancias cuyos átomos también se pierden y acaban en la nada. Solo el alma, ese espíritu inmortal, hálito divino que nos acerca á Dios, ejerciendo su poderosa influencia en nuestro organismo, nos hace sentir, pensar y conocer nuestra superioridad sobre los otros séres de orden inferior que nos acompañan en nuestra corta peregrinación por este valle de amarguras; sola ella, al desprenderse de su envoltura, se eleva allá en las ignotas regiones del infinito, y ocupa el lugar que el supremo autor del Universo le tiene designado.

Sí, señores; la muerte, ese sueño eterno que nos priva de la grata compañía de séres queridos, que muchas

veces nos son arrebatados en lo más florido de la vida, llenándonos de tristeza y de dolor intenso, hasta el punto de derramar lágrimas de sangre, no es más que el crepúsculo de otra vida que no conocemos y que empieza en la fría obscuridad de la tumba.

¿Quién, señores, puede explicar categóricamente lo que acontece durante ese sueño envuelto con las sombras del misterio? Nadie; la inteligencia humana, muda é impotente ante la inexpugnable barrera que la parca inexorable le opone, se estrella con furor, y ensoberbecida admite la duda, desafiando los altos designios de la Providencia, probando cada vez más sus limitados alcances.

Hoy, señores, embargados por el profundo sentimiento que nos causa la eterna separación de nuestro lado, al que en vida llamamos nuestro querido amigo Ignacio L. Híjar, venimos á depositar sobre su tumba, que regamos con nuestras lágrimas, la expresión sincera de nuestra amistad y cariño, á que bien se hizo acreedor.

¡Ignacio! Perdona que con mi humilde voz, que es la de la amistad, interrumpa tu apacible sueño; tú que lejos de tu hogar, (no digo de tu patria; para el hombre honrado el mundo es suyo,) y cuando todavía empezabas á acariciar las gratas ilusiones que con vigor tus juveniles años te proporcionaban, viniste en nuestro suelo á pagar á la naturaleza el justo tributo de los mortales: tuviste la suerte de verte rodeado de tus amigos hasta los últimos momentos de tu hermosa existencia, que pasó rápida como meteoro que cruza el espacio. El respetable Sr.

General Palomino y su digna esposa, distinguiéronse entre todos tus mejores amigos, por sus cuidados y atenciones, que cual si fueras su hijo predilecto te cedieron su lecho y lucharon como buenos padres para que aplazaras el pago del justo tributo que muy temprano te cobraban. ¡Todo fué en vano, sonó para tí la hora de la despedida y partiste para siempre!

¡Ah, pobre humanidad! Nada somos.

Señores: Oremos, sí; oremos en este solemne momento en que desaparecen por completo sobre la faz de la tierra, los despojos de nuestro querido amigo, que tal vez presente su espíritu y cerca de nosotros, sonríe agradecido de nuestras justas demostraciones de cariño.

Duerme en paz, amigo querido, y en este sitio solitario, santificado por el dolor, permite que por última vez, antes que la tierra cubra á la tierra, nosotros tus amigos lloremos tu pronta y eterna ausencia.—DIJE.

SONETO.

A MI INOLVIDABLE AMIGO IGNACIO L. HIJAR.

Y bien! entre la tumba que te encierra,
¿Qué de grande y eterno has encontrado?
¿Hay ese Edén por el mortal soñado?
¿Hay ese infierno que al creyente aterra?

Bajo esa piedra que tu fosa cierra,
¿Otro sér con tu sér has animado?
¿Vive tu alma? ¿te sientes trasformado,
O eres no más que miserable tierra?....
.....

Yo miro que en las criptas entreabiertas,
De un sol á los magníficos fulgores
Mil flores brotan de las flores muertas,

Y pienso respirando sus olores,
Que entre la tumba, de las formas yertas
El alma brota convertida en flores!

EUCARIO VILLAMIL.

Junio.—1887.

UNA HOJA

EN LA CORONA FUNEBRE DEDICADA Á LA MEMORIA DEL MALOGRADO JOVEN

IGNACIO L. HIJAR.

I.

Vasto horizonte que la vista apenas
A divisar alcanza,
Horas de paz y de ventura llenas,
Nunca sentidas las amargas penas,
Luciente la esperanza.

Un cielo como el cielo mexicano,
Azul y trasparente,
Aves canoras en pensil galano
Do se columpia el floripondio ufano
Junto á la clara fuente.

El pecho en calma: cuando está la vida
Rodeada donde quiera
De dulce halago que á gozar convida
Con la ofrenda por siempre apetecida
De la amistad sincera.

Cuando en copa de néctar espumante
Que aguza la codicia,

Llega á gustarse el anhelado instante
En que el reclamo de la cuita amante
Se escucha con delicia.

La vida en plenitud: cuando se siente
Que vibra cada idea
Del cerebro en el fondo; y que la mente,
Merced á su poder indeficiente,
Se diviniza y crea.

Gratos recuerdos del hogar querido,
Y goces y alegría,
Felicidad que ambicionó el sentido
Y acentos que regalan el oído
Y amor: todo poesía.

. . . . . .

II.

Silencio en derredor; tan solo el viento
Que zumba y que se aleja
Parece prorrumpir en un lamento
Arrancado al acerbo sufrimiento
De quien el mundo deja.

Sobreviene la noche, ¡cuán sombría!
Reina estupor profundo;
La muerte llega inexorable y fría

Y á piedad no la mueve la agonía
Del triste moribundo.

Dura es la ley por el destino impuesta
Al corazón humano;
Ante esa ley tiránica y funesta
La ciencia lucha y la razón protesta....
Inútil, todo en vano!

El fantasma está allí: camina, avanza,
Y hay un momento horrible:
El momento de angustia en que se lanza,
Con el rayo postrer de la esperanza,
Lamento indefinible.

Piedad para la víctima inocente,
Oh espectro temerario!
Por qué envuelves los sueños de su mente,
Su juventud y su ventura ingente,
Con fúnebre sudario?

Pero sordo el fantasma aquella vida
De un solo golpe trunca,
Miéntras clama una voz desfallecida:
Amor, ensueños, amistad querida,
Placeres.... hasta nunca!

FEDERICO PERAZA R.

Mérida.—1887.

AVE DE PASO!.....

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO JOVEN

IGNACIO L. HIJAR.

Ave de paso, que un día
Tendiendo las níveas alas,
Surcando el azul del cielo,
Del mar las movibles aguas,
Dejaste los patrios lares,
Familia, flores y palmas,
Para venir á esta tierra,
Que es á tantos tan infausta,
Tras un ideal soñado,
De dichas y de esperanzas....
Sueños que engendró tu mente,
Dichas que dan vida al alma,
Embelesos que fascinan
Y amor ardiente que abrasa!....

Mas la Muerte inexorable
Que tus pasos acechaba,
Contra tí, siempre traidora
Asesta su cruel guadaña,

El hilo cortando aleve
De tu existencia temprana....
Tronchando en fatal instante,
Con mano siempre inhumana,
Los encantos más hermosos
Y más dulces esperanzas,
Conque tu alma, noble y pura,
Constantemente soñaba.

Duerme do están los que han sido....
En la frígida morada,
Bajo el azul de este cielo
Al susurro de sus palmas;
Que aunque del hogar oculto
Y distante de tu patria,
El sepulcro removido
Que tu cuerpo inerte guarda,
Será á la Amistad sagrado,
Siempre cubierto de lágrimas;
Que aquí hay séres que lamentan
Tu eternal ausencia amarga,
Donde tu grata memoria
Nunca vivirá olvidada.

Mérida, Junio 2 de 1887.

B. Sansores E.

EN LA SENSIBLE MUERTE DEL JOVEN

D. IGNACIO L. HIJAR.

SONETO.

Como el ave que herida de repente
Plega las alas y detiene el vuelo,
O cual ígneo meteoro en limpio cielo
Se vislumbra un instante refulgente;

Así tu vida en inquietud ferviente
Trascurrió presurosa por el suelo,
Y sin hallar en tu ansiedad consuelo
Lánguida y triste se inclinó tu frente!

Pero si rehacio se mostró el destino
A tu halago constante y generoso,
Y de abrojos sembrara tu camino,

Premio justo obtendrás aun más hermoso
En ese mundo del amor divino,
Donde siempre el amor es venturoso.

J. Castillo Peraza.

VUELTA A LA PATRIA!

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO JOVEN

IGNACIO L. HIJAR.

Sobre él inexorable el Hado ciego,
Descargó sus furores
Sin escuchar su ruego,
Cuando su corazón brotaba fuego;
Cuando su pecho respiraba amores.

José Peón Contreras.

El que surcando los mares
A Yucatán arribó,
Ave de dulces cantares;
El que ayer sus patrios lares
Por Mérida abandonó;

El que impasible y sereno
Cruzar por el mundo vimos
Siempre de alegría lleno;
El joven honrado y bueno
A quien al alma quisimos;

El caballero, el hermano
Que consecuente y amable
A todos tendió la mano;
El sér á quien llora en vano
El hogar inconsolable,

No existe ya! en la mañana
De juventud vigorosa,
Le hirió la Muerte tirana....
¡Oh mísera vida humana
Tan frágil como engañosa!....
.....

Morir, cuando á los amores
Se abre el corazón ardiente,
Como el cáliz de las flores
A los tibios resplandores
Del sol que se alza en Oriente;

Morir! funesta sentencia
Que escuchamos al nacer,
Y que á perdurable ausencia
Nos condena, ¡oh consecuencia
Y fin último: caer!.....
.....

Es horrible, es doloroso
Caer, cuando se divisa
Un porvenir venturoso,
Y de un ángel candoroso
Nos alienta la sonrisa.

Cuando en la mente llevamos
De ilusiones un caudal
Y á soñar aun empezamos,
Con justicia protestamos
Contra la Muerte fatal.

Es cuando un grito profundo
Alza herida la Razón
Contra el Destino iracundo,
¡ Y apenas cabe en el mundo
Cristiana resignación!.....

El caballero, el hermano
Que consecuente y amable
A todos tendió la mano
Y á quien el hogar en vano
Hoy lamenta inconsolable,

No existe ya! en la mañana
De juventud vigorosa,

Le hirió la Muerte tirana....
¡Oh mísera vida humana
Tan frágil como engañosa!

No existe!.... pero en la arena
Al desplomarse el proscrito,
Alcanzó la playa amena,
Playa de misterios llena,
La playa del infinito!

RAMÓN PLANAS.

Mérida, Junio de 1887.

A LA SENTIDA MUERTE

DEL SEÑOR

D. IGNACIO L. HIJAR.

Morir!.... ¡Quien te diría
Que lejos de tu hogar idolatrado
La inexorable, impía
Guadaña de la muerte segaría
Tu existencia temprana,
Sin recibir el ósculo postrero
Con que del hijo amado se despide
La reina del hogar, la soberana!....

Cuando aun sus tiernas flores
La ardiente juventud en tu camino
Pródiga derramaba,
Con cuya rica esencia
Tu varonil espíritu embriagaba,
Su asperísima voz alza el Destino,
Ruda la muerte hasta tu lecho llega,
Y su letal aliento
Extingue el sentimiento
De tu alma soñadora,

Y la caliente idea
Que en su seno fecundo el pensamiento
Como don de los cielos atesora!....

Morir así.... Morir cuando aun la vida
Llama á las puertas en alegre coro,
De súbito mirar desvanecida
La dulce realidad de la existencia,
Opacada mirar la refulgencia
Del amor en la tétrica mirada,
La flor de los ensueños é ilusiones
Ver con tanta impiedad mústia, tronchada....
Morir así.... Lo siente el alma mía,
Lo dice el corazón que hora palpita
Con profundo dolor y desconsuelo,
Es arrancar del alma del creyente
La fe sagrada, fuente de consuelo!
Es detener al astro que aun comienza
Su ruta imperturbable
Por los azules ámbitos del cielo
Con no medido paso,
Cuando debiera firme, magestuoso
Llegar al horizonte
Y *por ley natural* tener ocaso!.....
.....
Mas cumplióse el designio inexcrutable,
Descendiste á la tumba pavorosa,
Umbral donde comienza para el hombre

La mansión de la duda tenebrosa,
Y que al morir encuentra convertida
En realidad fatídica ó hermosa!
Fatídica!.... No, no: ese recinto
Estrecho de la tierra removida
Do se encierran del hombre los despojos
No es el término, no, de aquesta vida!
La hermosa luz del alma que en los ojos
Palpita deslumbrante,
No se extingue al instante
En que la muerte deja
Rígido el cuerpo, pálido el semblante!

—El mundo, como el hombre,
Tiene una fuerza superior, creadora,
Espíritu del orbe, alma omnisciente—
Pues bien; la luz hermosa
Que del hombre se extingue en la mirada,
Hacia los cielos rápida se eleva
Etérea, vaporosa,
Y entre sus ondas impalpables lleva
El alma de la forma desterrada
Que en un beso de amor, de amor profundo,
Vuelve al centro común, alma del mundo!

Por eso si partiste
Y es eterna tu ausencia abrumadora,

Queda en el alma el bienhechor consuelo
De que tal vez desde el azul del cielo,
Tu espíritu amoroso,
Desciende al bajo suelo
A escuchar el acento cariñoso
Con que lamenta la Amistad herida
El instante fatal de tu partida!

J. I. N.

Mérida.—1887.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO JOVEN

D. IGNACIO L. HIJAR.

Morir! Morir!.... La Parca inexorable
Te hirió con su guadaña fiera y ruda!....
Contra el Hado sañudo á nadie escuda
El tener corazón grande y amable.

Morir! Morir!.... Arcano impenetrable
Que esparce las tinieblas de la duda....
El Alto Sér que lo creado muda
Y aniquila lo creado, el Inmutable,

Dispuso que bajaras á la fosa!....
Sentencia horrible, horrible y misteriosa
Pero sentencia de que no se apela....

Amigo, duerme en paz, en paz reposa;
Miéntras doliente la amistad revela
Que en tí moraba una alma generosa.

R. A. D.

A D. IGNACIO L. HIJAR.

¡ Dichoso tú en el puerto
Ya libre de zozobras !
¡ Dichoso tú en la tumba
Absorto en la verdad, firme en la gloria !

OVIDIO ZORRILLA.

Oh! ¿quién habrá en el mundo
Que á tí pueda igualarse
Por más que de favores
Le colme la fortuna á cada instante;

Si al fin las que nos brinda
Delicias terrenales,
Con nuestra vida acaban
Pues son como ella, breves y fugaces?

¿Quién por feliz que sea
No siente acrecentarse
Esa ansiedad sin límites
Que al mísero mortal cerca de afanes?

¡Ay! cuanto más se encumbra
En su anhelar constante,
La sed que lo devora
Acrece cada vez más insaciable.

Realiza sus conquistas
El guerrero indomable,

Y siempre de la gloria
En pos, ansioso, se le ve lanzarse.

Y así el sabio afanoso
Como el rico magnate,
Por sendas diferentes
Sin tocar á su fin, marchan iguales.

¡Oh nunca, nunca puede
La hermosa dicha estable
Del rico Edén preciado
Con la de aqueste mundo compararse!

Ella es la que fin pone
A nuestras ansiedades,
Si en la verdad seguros
Llegamos de la tumba á los umbrales.

¡Feliz! pues que muy léjos
Te encuentras de este valle,
Do nunca alivio blando
A tus congojas íntimas hallaste.

¡Feliz! pues que del justo
El sueño imperturbable,
En paz tranquila duermes
Al pie del triste y quejumbroso sauce.

MANUEL SOLIS A.

Junio 11 de 1887.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO JOVEN

D. IGNACIO L. HIJAR.

Hermosos horizontes
De fúlgidos cambiantes
Se extienden á la vista
Con grande esplendidez,
Y el alma se perfuma
Bañada en los amantes
Recuerdos que dejaron
Su suave languidez.

Las tiernas alegrías
De púdicos amores
Inundan de venturas
Al pobre corazón;
Olvídanse las penas,
Y huyendo los dolores,
Se duerme blando sueño
De mágica ilusión.

En lo alto se dilata
La bóveda grandiosa
Que azul y trasparente
Nos sirve de dosel,
Y grata y apacible,
Natura cariñosa,
Conviértese magnífica
En plácido verjel.

Mas ¡ay! que inexorable
La Parca destructora,
Del hombre la existencia
Termina sin piedad;
Lo mismo que en el prado,
Malvada, descolora
Y esparce ya marchitas
Las flores del rosal.

Así pasaste, Ignacio,
Con ánimo tranquilo,
Del mundo de tus sueños
Al seno del Señor,
Allá donde, sin duda,
Abierto está el asilo
Que á tu alma generosa
El Cielo reservó.

Y bien, ¿de tus amores
La dulce somnolencia
En ese asilo eterno
Acaso gozarás?
¿Acaso sus acentos
De férvida cadencia,
Sublimes y armoniosos
Al Cielo llegarán?

¡Quien sabe si las almas
Que pueblan el zafiro,
Tras las flotantes nubes
En donde habita Dios,
A veces abatidas
Exhalan un suspiro,
Echando ya de menos
La vida del amor.

Es fácil que las auras
Penetren vagarosas,
Sutiles é impalpables,
Tu lecho sepulcral;
Es fácil que te lloren
Las hojas rumorosas
Del sauce que murmura
Muy cerca del tapial.

Bien puede la torcaza
Tus restos funerarios
Velar entristecida
Con lánguido gemir,
Y ténues y perdidos
Lamentos solitarios,
Llegar sobre tu losa
Sus ecos á extinguir.....
.....

Mas las auras, el sauce, la torcaza,
Que hasta tí sus lamentos mandarán,
Cual tus tiernos amigos te han llorado
Jamás te llorarán.

Mérida, Junio de 1887.

TIRSO PÉREZ PONCE.

A LA MEMORIA

DEL SEÑOR

IGNACIO L. HIJAR.

Ni luz, ni flor, ni pájaro, ni nube,
Tiniebla y soledad:
Solo se oye como eco melancólico
Que hace al morir, la ola de la mar;
Como el eco de un laud
Que toca el viento al pasar!

Con alas negras, volando
El pensamiento se vá,
Y cruza los yermos campos
Y la llanura feraz;
Y donde encuentra un sepulcro
O mira un crespón flotar,
Allí se detiene y canta
Una canción funeral!

«Triste, solo, sin rumbo y sin camino
Pasó el viajero ayer;
Separó con las manos el ramaje,
Y apartó los abrojos con el pie;

Y se alejó cantando,
Y se alejó, y se fué....

Se fué con sus ilusiones
Comenzando á amanecer,
Y enrojeció con sus rayos
El sol, su pálida tez....
Que encuentre el ancho sendero,
Que no le ahogue la sed,
¡ Que no le envuelva la noche
En su densa lobreguez !

Selvas, cumbres, abismos y barrancos
El peregrino halló;
La juventud le daba sus vigores,
Sus alas poderosas el amor.....
Así se alejan las aves
Buscando ambiente y calor!

Buscaba, anidado en rosas,
Cuanto sueña el corazón,
Y vió azucenas silvestres,
Y vió naranjos en flor!
Miró cerca un lago azul,
A lo lejos un peñón,
A sus pies una barquilla,
¡ Y aun no trasponía el sol!

Se oculta entre las peñas la honda sima
Que toda negror es,
Y el caminante descuidado cae,
¡Y nadie vuelve al caminante á ver!
Ayer pasó, cantando,
Pasó, cantando, ayer!

Aquel viajero que iba,
Con su esperanza tal vez,
Tan animoso y tan lleno
De juventud y de fe,
Cayó de la muerte en brazos....
¡Fuerza es en ellos caer!
¡Los que le visteis pasar
Rogad al cielo por él!»

Mérida, Julio 9 de 1887.

José Peón y Contreras.

SIEMPREVIVA.

A LA MEMORIA DEL Sr. IGNACIO L. HIJAR.

Yo no le conocí; pero me cuentan
Que fué con todos cariñoso y bueno,
Que llevó siempre la virtud por guía,
Siendo en nobleza y honradez modelo.

Anhelante de dichas é ilusiones
Acariciando plácidos ensueños,
En pos de matizadas esperanzas
Que forjara en sus horas de embeleso,

Abandonó su hogar. Noble familia
Depositó en su frente ósculos tiernos,
Y pidiendo para él dicha inefable
Lo vió alejarse del nativo suelo.

. . . . . .

Y vino á Yucatán. Tierra bendita,
Pródiga en dispensar al extranjero
O al mexicano que sus playas pisa
Sus dones y sus bienes con exceso.

Tierra en que es norte de sus caros hijos
La lealtad, la nobleza y el denuedo,
Que dispensan con mano generosa
Cariño y protección, á aquel que es bueno;

Pero que al Dios de las bondades plugo
Fijarle en el destino de los pueblos,
Un clima abrasador que lleva siempre
La muerte sin piedad para el viajero.

Así pasó con él; cuando aun apenas
Se consagró al trabajo con anhelo,
La Parca asoladora en un instante
Le señaló un lugar entre los muertos.

Aun llora Yucatán tan triste pérdida,
Y en nombre de este país que tanto quiero,
Como un tributo de dolor y llanto
Consagro á su memoria este recuerdo.

Julio 6.—1887.

RITA CETINA GUTIÉRREZ.

A LA MEMORIA

DEL SEÑOR

D. IGNACIO L. HIJAR.

Partió de su patria un día
Y el viajero no pensaba,
Que en sus hogares dejaba
Para siempre la alegría.

Y cuando apenas surcando
Iba la nave ligera,
El aura de la pradera
Llegó á su alma suspirando.

Era doliente gemido
De la tierra que dejaba....
Triste queja se mezclaba
Del mar al eterno ruido.

Y en la calma misteriosa
De las tardes de la mar,
Surgió en su pecho el pesar
Con la esperanza engañosa.

Sigue el viajero.... su sino
Fatal le arrastra.... y le lleva....
Y sobre el leño navega
Y le arrebata el destino.

Que la playa en lontananza
Ya se dibuja y le llama,
Y su mirada se inflama
Y se enciende su esperanza.

Y ya sus alitas tiende
La dulce ilusión dorada;
La ilusión idolatrada
Que el zafir inmenso hiende.

Ya el infinito consuelo
Mitiga su cruel dolor....
El viajero tiene amor,
Amor.... rocío del cielo.

Y su frente enardecida
Cubre un ángel con sus alas....

—¿Porqué tan veloz resbalas
Barco traidor, homicida?
. . . . . .

Sigue el viajero.... su sino
Fatal le arrasta.... y le lleva....
Y sobre el leño navega
Y le arrebata el destino.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

Julio 8 de 1887.

A LA MEMORIA

DEL SEÑOR

IGNACIO L. HIJAR.

ES imposible pintar las dolorosas impresiones que recibe el ánimo en algunas circunstancias de la vida. Cuando el esposo ve cerrarse para siempre los ojos velados de la mujer cariñosa á quien adoró, y con quien compartía todos sus goces y todos sus pesares, húndese en un abismo de lúgubres consideraciones, que abaten su espíritu y apagan la luz de sus ilusiones y esperanzas; cuando á la esposa se le arrebata el cuerpo inerte del hombre á quien consagró sus pensamientos, su voluntad y las fruiciones todas de su amor, siéntese tan profundamente dominada por la desgracia, que delirante y enteramente trastornada, cae de rodillas elevando las manos al cielo y prorrumpiendo en gemidos de desesperación; cuando el hijo pierde á la madre que lo llevó en sus entrañas y á quien ella nutría más que nada con el calor de su alma que la llevaba á hacer los más grandes sacrificios y la hacía tomar las más heroicas resoluciones; cuando en los brazos de la madre exhala el hijo su último suspiro y el hogar queda convertido de un momento á

otro en la mansión de la tristeza y de la soledad, truécase la risa en llanto, y en vez del cielo azul de las alegrías, aparece un horizonte sombrío que está en perfecta concordancia con los sentimientos del corazón.

¿Quién no se entristece y sufre, quién no padece y llora cuando palpa en positiva realidad la muerte de un hermano? ¿Quién no se apena amargamente cuando ve desaparecer al amigo ó al hombre cuya existencia estaba vinculada con acciones dignas en el orden privado, en el orden público y en el orden social?

La modestia, la honradez y las demás prendas morales que distinguen al hombre de verdadero mérito; la sociabilidad, un carácter noble y un corazón benéfico, son cualidades cuyo resplandor permanece siempre vivo, dejando un recuerdo imperecedero.

Ignacio L. Híjar era uno de aquellos hombres cuyo trato familiar lo hacían simpático y agradable á todas las gentes con quienes se relacionaba.

Nacido en la ciudad de Guadalajara, una de las más bellas y grandes poblaciones del país, vivió en ella poco tiempo, pasando luego su residencia á la metrópoli, donde se conquistó valiosas relaciones con personas distinguidas.

Tal vez habría pasado toda su vida en México, á no haber sido la circunstancia de que hubiese soñado en la realización de una idea que se había despertado en su alma.

Yucatán era para él el santuario donde contemplaba al sér más digno, más bello, más lleno de poesía, más

lleno de encantos; era para él el paraíso que guardaba su bello-ideal.

Cuando apenas sí contaba 26 años, rebosando de juventud y de salud; cuando aun atravesaba un hermoso sendero de flores, extasiándose en el cielo infinito de las ilusiones con una hechicera esperanza, he aquí que el destino le hace bajar la cabeza al poderoso eco de su sentencia de muerte.

Después de varios días de penosa dolencia, contra la cual lucharon á brazo abierto los constantes y hábiles esfuerzos de los Doctores Augusto L. Molina, Francisco Rubio, Joaquín Patrón Espada y Francisco López García, quienes no omitieron absolutamente nada para arrebatar á la víctima de la funesta influencia de la fiebre; después de haberse agotado por completo los recursos de la ciencia, á despecho de ésta, de la juventud y de las fuerzas viriles del paciente, aquel hombre, días antes tan contento y animado, conviértese en un frío cadáver, abandonando este mundo de sinsabores y penalidades para entrar en otro donde solo se respira el ambiente purísimo de la dicha.

El 31 de Mayo, á las diez y tres cuartos de la noche, D. Ignacio L. Híjar dejó de existir!! Tan infausta nueva como era de esperarse, llenó de consternación á sus amigos!

Una hora después y en virtud de la naturaleza de su enfermedad, el cadáver era conducido al Cementerio general, revestido aquel triste cuadro de la solemnidad y respeto que las circunstancias habían acumulado.

¿En qué condiciones estuvo el Sr. Híjar durante sus padecimientos? En el lecho del dolor tuvo las exquisitas atenciones del Sr. General Palomino y de su muy apreciable familia, en cuya casa murió; tuvo el consuelo de verse rodeado de algunos de sus buenos amigos, distinguiéndose por su solicitud y sus esmerados cuidados los Sres. Manuel Castilla Echánove y Anatolio G. Cano, que no se separaron de su lado ni un solo momento; tuvo la satisfacción de bajar al sepulcro en el pleno ejercicio de sus creencias religiosas; por muchos querido y por nadie odiado, pagó su tributo á la naturaleza de la misma manera que los hombres justos, cuya conciencia pura y sin mancha forma la espléndida aureola que los enaltece.

Al siguiente día, tres invitaciones diferentes circularon en la ciudad, las cuales tenían por objeto asistir á su inhumación, en cuyo acto se leyeron dos oraciones fúnebres.

La prueba palpitante de que el Sr. Híjar se hizo acreedor á la alta estimación de nuestra sociedad, fué la expontaneidad con que la prensa unánime se ocupó de él en los términos más favorables.

Descansen en paz los restos del amigo, miéntras los que derraman sus lágrimas por su memoria elevan sus ardientes plegarias al Dios del Universo, por el eterno descanso de su alma!

FELICIANO MANZANILLA SALAZAR.

Julio de 1887.

ARTICULOS PUBLICADOS

En varios periódicos de Mérida, Capital del Estado de Yucatán, con motivo de la muerte del joven

Don Ignacio L. Hijar.

D. IGNACIO L. HIJAR Y HARO.

(De " El Eco del Comercio.")

CON gran pena y dolor consignamos la noticia de la inesperada muerte del muy estimable Sr. HIJAR Y HARO, acaecida en esta ciudad la noche del 31 de Mayo último.

El Sr. Híjar á su arribo á Yucatán por el mes de Noviembre del año anterior, nos trajo muy especiales recomendaciones de amigos de la capital de México: con tal motivo tuvimos ocasión de ser los primeros en tratarlo y reconocer sus buenas cualidades personales, que poco más tarde le conquistaron las simpatías generales de nuestra juventud, y el singular aprecio de las personas que le trataron con más intimidad.

El Sr. Híjar y Haro tuvo simpatías y cariño por Yucatán aun antes de pisar nuestras playas. Se formó un ideal de esta tierra ..... y á ella dejó en prenda el recuerdo de su sincera amistad.

Desde que se observó al Sr. Híjar atacado de la enfermedad que le llevó á la tumba, fué trasladado á la casa habitación del Gobernador Sr. Gral. Palomino, quien con solícito interés y acompañado de su respetable familia y amigos, dispensaron toda clase de cuidados al apreciable enfermo, circunstancia que no dudamos servirá de algún consuelo á sus hermanos y deudos residentes en México y Guadalajara.

Como la inhumación del cadáver del Sr. Híjar y Haro se verificó con la precipitación que prescribe la buena higiene pública, en casos como el de que fué víctima, al día siguiente se hicieron circular profusamente las invitaciones que reproducimos :

«El Sr. D. IGNACIO L. HIJAR Y HARO, falleció en la noche de ayer á las diez y tres cuartos.

Con pena profunda tenemos el honor de anunciar á Ud. tan triste acontecimiento.

Mérida, Junio 1º de 1887.—*Guillermo Palomino.—Casiana Rosado de Palomino.*»

«El Sr. D. IGNACIO L. HIJAR y HARO, falleció en la noche de ayer á las diez y tres cuartos.

Los amigos suscritos, afectados profundamente por tan deplorable suceso, tienen la pena de participarlo á Ud.

Mérida, Junio 1º de 1887.—Ramón Arzamendi.—Anatolio García Cano.—Dímas Alvarez.—Manuel Correa V.—Alfredo Tamayo.—Manuel Solís.—Pedro Buenfil.—José Gómez.—Joaquín Hübbe.—Augusto Molina.—Francisco López García.—Adolfo Patrón.—Gil Canto.—Lauro G. Cano.—Clotilde Baqueiro.—Manuel Castilla Echánove.—Manuel Molina Villamil.—Laureano Baqueiro.—Arcadio Escobedo.—Francisco Buenfil.—Fernando Buenfil.—José P. Hijuelos.—Leopoldo Albertos.—Joaquín Patrón.—Carlos Pérez.—Eucario Villamil.—Ignacio Magaloni.—José C. Castilla.

« Con la más profunda pena participamos á Ud. el sensible fallecimiento de nuestro malogrado amigo el SR. D. IGNACIO L. HIJAR Y HARO, acaecido á las 11 y 37 minutos de la noche de ayer.

A fin de tributarle el último homenaje de amistad, le suplicamos asista en la tarde de hoy al Cementerio general, en cuyo lugar se halla inhumado el cadáver.

Mérida, Junio 1º de 1887.—Guillermo Palomino.—Miguel Nogués.—Enrique Hübbe.—Bernabé Pasos.—Luis Castellot.—Gonzalo Cámara.—Arturo R. Cáseres.—Enrique Cámara.—Ernesto Cámara.—Augusto Cámara.—Juan Pérez Hermida.—Rafael Castellot.—Claudio Navalles.—Alonso Aznar G.—Francisco Peniche López.—Vidal Beltrán.—Manuel Montes de Oca.—Enrique Escalante G. —Adolfo Cámara.—Alvaro Domínguez.—Benjamín Capetillo.—Elías Espinosa.—Agustín Márquez.—Nicanor Q. Castillo.—Joaquín Cantón.—Amado Cantón F.—Isaac Cáseres L.—Mauro Clausell.—Francisco Clausell.—Juan Ibarra de Regil.—Enrique Urcelay.—Julio Rendón.—Serapio Rendón.—Julio Laviada.—Ernesto Peón.—Juan N. González R.—Alberto García F.—Cornelio Escalante.—Mario Loret de Mola.—Fernando Güemes.—Pedro Buenfil.—Camilo G. Cámara.—Abelardo Andeón.—Juan Toledo.—Luis Améndola.—Desiderio Ancona.—Carlos Pérez.»

Las anteriores invitaciones llevaron al Cementerio una numerosa concurrencia: allí y frente al sepulcro del desventurado amigo, se leyeron sentidas y patéticas composiciones en prosa y verso, todas ellas haciendo referencia á las virtudes y méritos de quien dejó en el Estado los más gratos recuerdos.

La Redacción del Eco envía sus palabras de consuelo á los ausentes hermanos y deudos del Sr. Hijar, á quienes debe servir de lenitivo á su pesar las demostraciones de afecto y simpatía que nuestra sociedad supo dispensar hasta su último momento al infortunado y buen amigo D. Ignacio L. Hijar y Haro.

D. IGNACIO L. HIJAR.

(De "La Razón del Pueblo.")

Un desenlace fatal ha tenido la enfermedad que sorprendió á aquel joven amigo nuestro, caballeroso y apreciable en grado tan alto, que la noticia dolorosa de su fallecimiento ha consternado á la sociedad meridana, en la cual se había hecho ya de numerosas relaciones, y en donde era visto con las justas simpatías que había sabido captarse el cumplido caballero.

Nosotros consignamos la noticia con pena profunda, pues veíamos al joven Híjar con muy especiales simpatías, con aquellas simpatías fraternales verdaderamente, que su carácter elevado y generoso supo despertar en quienes lo trataron.

Poco tiempo hacía que estaba entre nosotros; había venido de México y desempeñaba un empleo en la Secretaría de Gobierno, y tanto en aquella Secretaría como fuera de ella, se había hecho estimar y querer. Pertenecía á una distinguida familia de Guadalajara, y allá, lo mismo que en la Capital de la República, tiene buenas relaciones que sabrán con pena su muerte.

A sus relaciones lo mismo que á su honorable familia, puede servir de consuelo tener conocimiento de que durante el curso de la fatal fiebre, el vómito, de que fué atacado, tuvo todos los cuidados posibles, y no se salvó solamente porque la ciencia se ve á veces reducida al triste extremo de cruzarse amargamente de brazos y resignarse á lo ineludible, á lo que está fuera del poder humano.

Desde que cayó enfermo, el Sr. Gobernador del Estado lo llevó á su casa misma, y él y su honorable y distinguida esposa le prodigaron cuidados paternales verdaderamente, y nosotros los hemos podido ver interesados por su salud y afectados como si se hubiera tratado de una persona realmente de su familia: le prodigaron atenciones y cuidados, y lo que es aun mejor, cariño, afecto, interés solícito.

Multitud de amigos suyos estuvieron pendientes de él constantemente, y nuestro amigo personal el Sr. Capitán Anatolio García Cano, lo mismo que el Sr. Manuel Castilla Echánove que llevaba con él una estrecha amistad, permanecieron al pie de su lecho con un afecto y una filantropía dignos de recordarse.

Todos sus amigos lo hemos visto con dolor bajar al sepulcro lleno aun de una juventud espléndida y fuerte; estuvo tranquilo y resignado hasta los últimos instantes, y todavía en esos tuvo rasgos y acciones que manifestaron que el terrible mal que acababa con su vida no había acabado con su alma generosa y levantada.

Varias tarjetas fúnebres han circulado, estando una suscrita por el Sr. Gobernador y su distinguida familia. Falleció en la noche de ayer 31 de Mayo.

Sus amigos colocamos sobre su sepulcro el homenaje de nuestro cariño y de nuestro recuerdo.

D. Ignacio L. Hijar y Haro.

(De "La Sombra de Cepeda.")

El dia 31 de Mayo último, á las diez y tres cuartos de la noche, falleció en esta capital el apreciabilísimo señor cuyo nombre sirve de rubro á este artículo.

D. Ignacio L. Híjar era un joven ilustrado, decente, moderado, circunspecto, afable, de un trato fino, de maneras distinguidas..... era un cumplido caballero, para decirlo de una vez.

La sociedad meridana le amó desde que vió en él reunidas todas esas bellas cualidades que hacen al hombre apreciable.

El que estas líneas hoy traza á la ligera, tuvo oportunidad de tratarle muy de cerca y diariamente, con motivo de haber sido su compañero en la Secretaría de Gobierno, y pudo conocer y aquilatar sus virtudes.

Era natural del Estado de Jalisco.

Traído á Yucatán por la mano del destino, ella indudablemente le retuvo en este país funesto para los que en él no hayan nacido, porque muchos de sus verdaderos amigos le aconsejamos reiteradas veces se marchase á la Capital de la República, y no volviese á esta ciudad sino después de trascurridos los meses de excesivo calor, en que el vómito, el terrible vómito que hace sucumbir hasta á los más fuertes, podría arrebatárnosle. Muchas veces se lo aconsejamos, repetimos, y él siempre nos contestaba con su acento dulce y cariñoso, que *no temía al vómito: espero en Dios*, nos decía con toda la fe de un creyente como era, *que*

no me veré atacado de semejante enfermedad. ¡ Pobre Ignacio ! Muy distintos de estos deseos eran los designios de la Providencia ! . .

Sin embargo, había resuelto, á súplica de sus mismos amigos, ir á México para volver á nosotros entre dos ó tres meses, cuando he aquí que la Parca nos le arrebata de un instante á otro, y hoy lloramos la eterna ausencia del amigo, á quien jamás olvidaremos los hijos de este suelo en que pasó rápido como una exhalación, pero dejando una huella fúlgida en nuestra memoria.

Híjar, aunque era la personificación de la modestia, algunas veces dió su nombre á la estampa, al pie de alguna composición en prosa ó verso, cuyo objeto fué siempre levantado y digno. Tenemos á la vista un periódico de Filadelfia, (EE. UU.) *The Philadelphia Inquirir*, en que con palabras corteses y decentes refuta un artículo de Mr. George D. Mc–Creary, que contiene apreciaciones desfavorables á México. No puede ser más digno el motivo que le hizo tomar la pluma : el patriotismo. Y por cierto que en su artículo revela un juicio recto y conocimientos poco comunes respecto de su suelo nativo.

Con religioso respeto conservamos esa hoja, testimonio de sus nobles sentimientos de justicia y patriotismo.

De sus producciones en verso, «La Sombra de Cepeda» tuvo la honra de engalanar sus columnas con unas sentidas estrofas que le inspiró el amor casto y puro, que hasta en sus últimos instantes profesó á una apreciabilísima señorita de esta ciudad.

Apenas calló atacado de la fiebre, el beneficentísimo Sr. General Palomino le hizo conducir á su casa, en donde fué asistido personalmente por la virtuosa señora y numerosos amigos de éste, que le prodigaron toda clase de atenciones y cuidados, con una solicitud paternal por parte del Sr. General y de su esposa, y con

un afecto fraternal por la de sus amigos, entre quienes puede mencionarse muy especialmente á los Sres. Anatolio G. Cano, Manuel A. Castilla, Luis Castellot, Francisco López y Carlos Pérez.

La sociedad meridana, al lamentar la pérdida que acaba de experimentar, se hace lenguas en elogio de la virtuosa Sra. Casiana Rosado de Palomino, que ha dado pruebas inequívocas de su exquisita filantropía.

Sirva esto de consuelo á la apreciable familia de nuestro inolvidable amigo Ignacio L. Híjar, radicada en México, y acepte como la expresión sincera de nuestra condolencia, estas líneas que con mano trémula y lágrimas en los ojos hemos trazado.

M. Correa V.

D. IGNACIO L. HIJAR.

(De "La Letra de Cambio.")

Yo no se por qué, Dios mío, hay muertes que impresionan tanto! Aquí tengo grabada en sus menores detalles, como si aun estuviera viéndolo, la muerte de ese infortunado joven. No se borrarán de mi imaginación, como jamás se borrarán aquellos recuerdos que hacen asomar las lágrimas á los ojos, la lenta y triste agonía con que aquel cuerpo antes tan robusto, tan lleno de vida, abandonó esta tierra de miseria y tristezas.

La tierra como la humanidad tiene sus ingratitudes; él le profesaba cariño á Yucatán, á este país de fuego, y su simpatía le costó la vida.

Medio año tan solo hay que vivía entre nosotros, y en tan corto tiempo había sabido conquistarse el aprecio de toda la sociedad, por su fino trato y las raras prendas morales que lo adornaban.

Hay misterios inescrutables; hace diez días, cuando iba á pasar un vapor para Veracruz, todos sus amigos le suplicaban se fuera á México, el vómito había empezado en Mérida. No quiso marcharse, esperaba algún tiempo más, como si él mansamente se entregara á la muerte. Y la muerte es muy traicionera, muy cruel, lo arrebató violentamente, tenía prisa en llevárselo.

No se me olvidará jamás aquella escena sombría. Parece que aun están resonando en mis oídos, llegándome al corazón, los chisporroteos de los cirios que alumbraban pálidamente su agonía. Veo, como si estuviera pasando aun, el sacerdote con

sus manos plegadas, sus ojos suplicantes dirigiendo plegarias al Supremo Hacedor. Aquella escena de muerte vivirá eternamente en mí, aquel silencio sepulcral, tan solo interrumpido por el extertor del moribundo y la voz suplicante del sacerdote.

Creo aun ver entre la amarillenta luz de los cirios sus pupilas dilatadas, cubiertas de una ola de sangre; sus manos crispadas y el crucifijo de plata temblando en su pecho á las palpitaciones de su corazón. Se pierden las últimas vibraciones del reloj vecino que toca las diez y cuarenta y cinco minutos.

Había llovido y el agua estancada entre las piedras del patio, reflejaba la luna que tranquila y serena bagaba entre un cielo sin nubes.

Su agonía fué larga, la muerte tardaba en apoderarse de su presa. El extertor que llegaba al alma, iba perdiéndose, siendo cada vez más lento, más imperceptible, apagándose como se apaga el chisporroteo de una lámpara: su rostro antes hermoso, estaba amoratado, las fauces dilatadas, crispados los puños y la mirada al cielo, como buscando el infinito á donde su alma iba. Sus amigos todos lo rodeaban. Cerró dulcemente los ojos, la muerte entró en su cuerpo vigoroso, y su último suspiro se perdió entre el canto de los moscos y las lágrimas de sus amigos.....

.....

Después, sigue la escena del Cementerio. Su ataud llevado violentamente; la larga fila de coches saliendo de la ciudad, resonando las pisadas de los caballos y el tronar de las ruedas sobre el suelo, en medio del silencio de aquella noche sombría, no parece sino una huída. Las calles desiertas y la luna alumbrando melancólicamente: ni un ruido, ni una sola voz!

A esa hora, en el campo de los muertos, parece la escena del Hamlet invocando las sombras entre las tumbas, entre los huesos.

El sepulturero que es hombre, pero que á fuerza de enterrar ha perdido el sentimiento, remueve indiferentemente la tierra húmeda, de la que se desprende un olor de muerte que hiela la sangre y crispa los nervios.

Las tumbas están inmóviles, tendidas en largas filas con sus inscripciones brillando; las ramas de los árboles inclinan sus hojas cargadas de lluvia, y el viento silba entre ellas como torba elegía, estridente cántico funeral que despide al muerto.....

.....

A veces las palabras faltan, la voz se anuda en la garganta y la mano se niega á escribir.

Quisiera en estas líneas cortas interpretar mi propio dolor y el dolor de los amigos todos del malogrado joven D. Ignacio L. Híjar.

Querido y apreciado de toda la sociedad meridana, ha muerto violentamente en tierra para él extraña, lejos de su familia, á quien solo llegarán hoy el murmullo de las lágrimas que han vertido por él cuantos tuvieron el gusto de tratarlo.

Sírvales de algún consuelo siquiera saber que sus últimos momentos los pasó en la casa del General D. Guillermo Palomino, donde la apreciable señora de éste y su familia le prodigaron toda clase de atenciones y cuidados.

LEÓN ROCH.

D. IGNACIO L. HIJAR.

De "La Revista de Mérida."

Víctima de la terrible enfermedad del vómito, fué conducido en la noche del martes al Cementerio general, el recomendable joven con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Hace algunos meses apenas llegaba á nuestras playas, y pronto le conquistaron buenas amistades su porte distinguido y su carácter caballeroso. La muerte le sorprendió en la plenitud de la vida. Desde que sintió los primeros efectos de la funesta enfermedad, no desconoció su estado; hizo algunas recomendaciones al Sr. Gobernador, en cuya casa estaba solícitamente atendido, á otros amigos suyos y pidió un sacerdote que le dispensara los auxilios espirituales.

Dios conceda en el cielo al alma del joven Hijar la felicidad eterna, y dé á su familia valor y resignación para recibir la triste nueva que aun no ha llegado á herirla.

D. Ignacio L. Hijar.

De "El Amigo del País."

Con la más honda tristeza nos vemos en el caso de comunicar á nuestros lectores la prematura muerte de este distinguido caballero, ocurrida el martes de la semana próxima pasada, á las diez y tres cuartos de la noche.

El joven Híjar, sobrino del Secretario de la Legación de México en Italia, é hijo de una respetable familia jalisciense, había venido hace poco á esta ciudad, donde sus finos modales y sú ejemplar conducta le conquistaron en breve tiempo numerosas simpatías. Su muerte ha producido tristísima impresión en toda la sociedad meridana que miraba ya al joven Híjar con verdadera estimación y afecto, y que ha perdido en él á uno de sûs mejores hijos adoptivos.

Híjar recibió antes de morir los consuelos eficaces de la religión. ¡Dios le haya recibido en su seno!

DEFUNCION.

(Del "Diario del Comercio.")

Poseídos de la más profunda pena cumplimos con el triste deber de anunciar á nuestros lectores que el día 31 del próximo pasado Mayo, á las diez y cuarenta minutos de la noche falleció el caballero Sr. Ignacio L. Híjar, empleado de la Secretaría de Gobierno, víctima del vómito que se ha estado cebando en las personas nacidas fuera del Estado.

El finado era natural de Guadalajara (México); apenas había cumplido veinte y seis años, y de residencia en esta ciudad contaba solo siete meses.

Al saber el Sr. General Palomino, que estaba atacado del terrible mal, le llevó á su casa, en donde su respetable familia que se distingue por la bondad genial de su corazón, se hizo cargo del enfermo con el interés que lo hubiera hecho con un hijo suyo.

El Dr. Molina y en consulta los Doctores Patrón Espada y López, se propusieron luchar con la enfermedad.

Los Sres. D. Anatolio G. Cano y D. Manuel Castilla y Echánove, que tenían estrecha amistad con el malogrado caballero, no se desprendieron de su lado, y las hermanas del primero tomaron con igual interés la asistencia del enfermo.

Todo fué en vano: cinco días apenas duró la lucha; el paciente que comprendió su estado, pues conservó su integridad

mental, pidió los auxilios espirituales y partió para donde estamos llamados á seguirle algún dia.

Nada ha faltado al Sr. Híjar, ni el cariño de un padre, pues el Sr. General como hijo le quería; ni las amabilidades de una madre, que con maternal afecto fué asistido, ni las abundantes lágrimas que el corazón de los hermanos y amigos tienen para los séres que aprecian.

Reciba nuestro pésame la respetable familia del finado.

D. Ignacio L. Hijar.

(De "El Radical.")

El amigo predilecto de la juventud yucateca, el caballero cortés, afable y cariñoso, el pundonoroso ciudadano, el vigoroso joven, pues solo contaba veinte y seis años, que con su lozana y privilegiada naturaleza parecía poder contrarrestar cualquier accidente de la humana existencia, lo hemos visto derribado en un instante, como el secular roble de la montaña, á impulsos del huracán. Hoy yace en el sepulcro, lejos de su familia y de la tierra que le vió nacer, arrebatado por la fiera Atropos en el momento en que alimentaba la mejor esperanza de su vida; en el supremo instante en que le sonreía la más hermosa de sus ilusiones. ¡Qué triste es morir sin haber realizado el ideal de nuestra existencia!

La sociedad meridana, que le apreció por sus relevantes méritos como amigo liberal y cumplido ciudadano, le llorará siempre, dando á su triste familia el más sentido pésame por el rudo golpe que ha sufrido, en uno de sus más queridos miembros. ¡Dios le dé la gloria y felicidad que no pudo conseguir en este valle de penas!

D. IGNACIO L. HIJAR.

(De "El Colegial.")

En las últimas horas del día 31 del pasado, dejó de existir en esta ciudad el apreciable caballero con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

El Sr. Híjar era natural de Guadalajara, y apenas contaba siete meses de llegado á esta ciudad, cuando la muerte vino á arrebatarlo del seno de sus numerosos amigos.

Las relevantes prendas que lo adornaban, le hicieron acreedor del aprecio de cuantos le trataron.

Tres tarjetas firmadas, una por el Sr. Gobernador y su esposa, en cuya casa fué atendido durante su enfermedad, otra por los empleados del Gobierno, y otra por sus amigos, anunciaron tan infausto acontecimiento.

Duerma en el seno del Señor el joven Híjar, y reciban sus deudos nuestro más sentido pésame.

"IMPRENTA MERCANTIL" A CARGO DE JOSE GAMBOA GUZMAN.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024327859
0 5917 3024327859